

**IV SIMPOSIO INTERNACIONAL Encuentros etnográficos con niñas, niños, adolescentes y jóvenes en contextos educativos y I SIMPOSIO INTERNACIONAL de Investigaciones cualitativas con participación de niñas, niños, adolescentes y jóvenes UNIOESTE - Campus de Foz do Iguaçu – Brasil 28 y 29 de abril de 2016**

## **Cuando estudiar es una forma de militar. La experiencia política en el IMPA atravesada por los vínculos afectivos**

**Mariano Chervin**

### **Introducción al caso y una breve precisión metodológica**

La presente ponencia se traza como objetivo ofrecer y problematizar un juego de tensiones que se manifiestan en torno a la prácticas y representaciones de los jóvenes del bachillerato popular del IMPA (Industrias Metalúrgicas Plásticas Argentina)<sup>1</sup> en relación al campo político. Este trabajo se enmarca dentro de una investigación más amplia correspondiente a la tesina de grado de la carrera de Ciencias de la Comunicación, intitulada “La juventud en sus límites. Itinerarios y representaciones de los jóvenes del bachillerato IMPA en torno a la educación, el trabajo y la política”.

La metodología adoptada en función del problema que abordamos fue de carácter cualitativo y desplegó como técnica la realización de entrevistas en

---

<sup>1</sup> Originariamente de capitales alemanes, la fábrica metalúrgica que hoy se conoce como IMPA fue fundada en 1928 con el nombre de “Lineau y Cía”. En 1946, durante el primer gobierno de Juan Domingo Perón, la fábrica fue nacionalizada. A partir de allí, el IMPA osciló entre los privados, el Estado y el cooperativismo. Finalmente, tras un largo derrotero que desembocó en el vaciamiento de la misma durante el gobierno de Carlos Menem, fue ocupada por sus trabajadores en 1998. El IMPA se consagró así como la primera fábrica recuperada de Argentina. En el año 2004 nace, en el marco de la Cooperativa de Educadores e Investigadores Populares (CEIP), el bachillerato popular para jóvenes y adultos. Este proyecto cooperativo se encuentra conformado, en su mayoría, por investigadores y docentes provenientes de la Universidad de Buenos Aires y de profesorado de carácter nacional. La escuela se desarrolla en el ámbito de lo que se denomina “IMPA Ciudad cultural”.

profundidad, no estructuradas, a estudiantes de tercer año del bachillerato popular. Consideramos que un enfoque de tipo cualitativo nos ha permitido tener una aproximación más acabada de las experiencias, sentidos y trayectorias educativas de nuestros informantes. Nos propusimos realizar un trabajo de investigación “desde abajo” (Svampa, 2009: 24), es decir, recuperando la subjetividad de los propios actores. A su vez, no enfocamos nuestra mirada en los grandes procesos políticos y sociales ni en un tipo de metodología cuantitativa, sino que nos detuvimos en las “micro-escenas” (Auyero, 1992) cotidianas de la organización. Los testimonios de los jóvenes estudiantes del IMPA fueron los recursos esenciales para problematizar su relación con la política y analizar sus implicancias en su propia constitución identitaria.

Los casos elegidos dieron forma a una muestra intencionada, pero que no ha dejado de ser parte de un trabajo exploratorio. Con esto queremos dejar en claro nuestra conciencia acerca de las limitaciones que se le podrían señalar al mismo, como así también dejar abierta la posibilidad de contraste y ampliación en futuras investigaciones. Los entrevistados elegidos fueron estudiantes del tercer año del bachillerato popular y sus edades oscilaron -durante el trabajo de campo realizado entre abril y julio de 2014- entre los dieciocho y los veinticinco años. La muestra consistió en una serie de siete entrevistas, cuatro a varones y tres a mujeres. A su vez, durante ese lapso presenciamos las clases de la materia *Metodología de la Investigación* y asistimos a una asamblea estudiantil.

## **Algunas aclaraciones teóricas**

Desde su presentación formal-institucional, el IMPA explicita la voluntad política de su propuesta pedagógica. Bajo esta premisa, se propone romper con esa idea, propia de fines de siglo XIX y del XX, que equiparaba a la escuela con un santuario cerrado, ajeno a la coyuntura político social (Dubet, 2005). En la página de la CEIP pudimos encontrar una descripción de la propia institución que grafica esta cuestión: “El proyecto (del bachillerato popular IMPA) es el resultado de iniciativas de trabajo autogestivo que aspiran a la construcción de poder popular, con un objetivo netamente político y emancipador: que los sujetos históricamente oprimidos se vuelvan agentes del cambio social, a partir de la desnaturalización de las relaciones de desigualdad en la que se encuentran insertos. Abrir las puertas de la fábrica al barrio, para ir a la escuela, fue un primer paso en la construcción de una hegemonía popular<sup>2</sup>. La escuela, con todas las particularidades que acarrea el colectivo autogestionado IMPA,

---

<sup>2</sup> Disponible en <http://ceiphistorica.com/nuestros-bachilleratos-populares/bachillerato-popular-imp/>

pretende mostrarse como una vía de movilización política y de ruptura con los parámetros hegemónicos de la educación tradicional.

El IMPA se encuentra entre aquellos bachilleratos que luchan por el reconocimiento del Estado, asumiendo, con plena conciencia, que éste tiene un carácter contradictorio. Nora Gluz y Fernanda Saforcada (2007) han descripto algunos de los objetivos que el IMPA se propone en su proyecto pedagógico. Las autoras señalan que el bachillerato se plantea “desestructurar las relaciones jerarquizadas de sumisión y mando, propias del capitalismo y arraigadas en la lógica disciplinario-burocrática de la escuela y la fábrica” (p.24). A su vez, circunscribiéndose netamente al terreno educativo, Gluz y Saforcada destacan que la escuela intenta romper con las relaciones sociales propias de la escuela normalista.

Decidimos situarnos en las representaciones de los estudiantes del IMPA en torno al campo político porque entendemos que éste se ofrece como un organizador clave en la construcción identitaria. En ese sentido, pensamos la identidad política de la juventud del IMPA atravesada por el binomio nosotros/ellos, inescindible en el tratamiento de estas cuestiones (Mouffé, 2011). Entonces nos preguntamos: ¿a qué elemento o actor identifican los y las jóvenes del IMPA como esa otredad que se les opone? En una primera instancia, resultó una pregunta difícil debido a la multiplicidad de posibilidades que se fueron abriendo, pero, en este caso, encontramos que la identidad propia se conformaba en oposición a lo que los mismos actores definían como “los de afuera”. Este colectivo, en principio difuso, se fue materializando en actores concretos en el desarrollo de la investigación<sup>3</sup>.

A su vez, retomamos los señalamientos de Mouffé (2011) en cuanto a la jerarquización de la *dimensión afectiva* en el proceso de identificación. Esta dimensión fue pensada en complemento de la relación oposicional que mencionábamos. Notamos así como los estudiantes del IMPA encontraban, en su *estigma* de la exclusión, un elemento de unificación.

Para abordar este tema en toda su complejidad, vinculado a las identidades políticas y las prácticas que se ponen en juego, fue necesario dejar en claro qué es lo que entendíamos por *la política* y *lo político*. Consideramos que ambas definiciones resultaron vitales para darle un sostén teórico a lo observado en el IMPA; por lo tanto resulta adecuado dejar en claro sus significados para evitar cualquier tipo de confusión. Como indica Mouffé (2011):

---

<sup>3</sup> Este planteo nos redirige hacia la noción relacional de identidad de Stuart Hall (2011). Nos alejamos así de cualquier postura esencialista para rescatar el carácter relacional, imprescindible en este esbozo teórico.

Concibo “lo político” como la dimensión de antagonismo que considero constitutiva de las sociedades humanas, mientras que entiendo a “la política” como el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana en el contexto de la conflictividad derivada de lo político (p.16).

Ambos conceptos organizan de alguna manera esta ponencia, que dividiremos en dos ejes centrales que pretenden dar cuenta de las relaciones que establecen los estudiantes del IMPA en torno a los mismos. En relación a la política, el primer eje propone abordar esa serie de prácticas contingentes, en donde observamos que conviven dos formas en tensión: una que podríamos denominar como “tradicional”, ligada a la lógica vertical de los partidos políticos clásicos, y otra que podríamos rastrear en la horizontalidad y la dinámica asamblearia de los movimientos sociales. Por otro lado, el segundo eje tendrá como objetivo identificar cómo se constituye lo político, analizando los antagonismos posibles -¿quién es ese “otro” que se reconoce como enemigo?- y las identificaciones afectivas necesarias para la configuración de un “nosotros”.

## **Nuevas configuraciones de la política en el terreno de la opinión personal**

En el presente apartado nos dispondremos a indagar y analizar las concepciones de nuestros entrevistados en cuanto a sus representaciones sobre la política. ¿Cómo entendían las nuevas formas de identificación política? ¿Qué vínculo se establecía con aquello que se entiende por política tradicional, relacionada a prácticas partidarias clásicas? ¿Cómo percibían su propia actividad política? ¿Cómo se concebía la militancia?

### **¿Qué entienden los jóvenes del IMPA por la política?**

Lucas era uno de los estudiantes más extrovertidos del curso de tercero; en sus declaraciones afirmaba haber nacido para dedicarse a la política, decía sentirlo como algo pasional, algo que -en sus palabras- lo “cebaba”. Sin embargo, cuando indagábamos en sus prácticas reconocía no estar “tan metido”. Esa idea que aparecía,

la de no estar involucrado se asociaba al hecho de no participar en un partido político de corte tradicional. Recordaba su participación en el centro de estudiantes de su escuela anterior y era imposible no relacionarla con la experiencia en el IMPA.

*Mirá, la verdad es que acá todavía no tengo mucha idea política. **Sé que es como recontra de izquierda**, pero como todavía no fuimos a ninguna marcha, no hubo ninguna movida política grossa... (Lucas).*

Javier, otro de los estudiantes de tercero, manifestaba cómo sus intereses previos encontraron en el IMPA un lugar en donde sus expectativas se pudieron desarrollar. Al igual que Lucas, no dudaba en ubicar a la organización dentro del campo de “la izquierda”.

*Generalmente **siempre tuve un interés por el tema popular**. Acá, lo que yo veo, es que **se hace una política más tirando para el lado de izquierda**. Está bueno que haya una suerte de este tipo de ideología, para tener en cuenta que existen otros modelos, que se puede vivir de otra forma y que se puede estar mejor si querés (Javier).*

Cuando dialogábamos -de manera manifiesta y explícita- de *política* con nuestros entrevistados, existía, por su parte, una tendencia a elaborar un discurso que podríamos catalogar como “políticamente correcto”. Es decir, se construía un tipo de relato adecuado, acorde con los objetivos de la institución. Hablar del IMPA se enlazaba indefectiblemente con un conjunto de significantes imprescindibles: “popular”, “izquierda”, “lucha”, “alternativo”, etc. Así, se conformaban un juego de oposiciones binarias que organizaban un discurso de sentido común propio de la organización: izquierda/derecha, alternativo/tradicional, popular/dominante, etc.

De alguna manera, estos términos servían como elementos que ofrecían cierta inteligibilidad a la identidad, que ayudaban a definir una posición en el mundo y en el arco político. Sin embargo -recuperando las conceptualizaciones de Mouffé- creemos que estas concepciones se vinculaban más a los antagonismos propios de lo político que a las prácticas y la organización referidas a la política. Cuando nos adentrábamos en las representaciones acerca de las prácticas a las que hacía referencia ésta última, costaba reconocer claramente lo que se entendía por ella. O sí, pero veremos cómo se manifestaba.

En sus definiciones sobre lo político, Mouffé (2011) define la existencia de un orden de indecidibilidad. Es así como en toda sociedad existe una pretensión por

ordenar los antagonismos sociales a través de un conjunto de acciones determinadas. Las identidades colectivas -siguiendo a la autora- se conforman en la eventualidad de las prácticas y de los procesos de identificación. Limitarse a pensar las identidades sólo en base a lo que podamos analizar en relación a lo político podría resultar insuficiente para visualizar cómo se articulan las prácticas concretas y contingentes.

Si pensamos en las prácticas políticas que se desarrollan en el IMPA, podemos postular que existe una resignificación en cuanto a cómo se organizó la política durante el siglo XX. Aquello que pensamos como una manera más “clásica”, vinculada al rol de los Estados Nación, a los partidos políticos y a los sindicatos puede ser pensado hoy de otra manera. ¿De qué hablan los jóvenes del IMPA cuando hablan de política? Y a su vez, ¿qué ideas tienen acerca de sus propias prácticas?

### **Concepciones sobre la política: entre los grandes temas y lo cotidiano**

En este apartado, organizaremos los testimonios en función de cómo se concebían y reconocían los propios estudiantes del IMPA como sujetos políticos. Agustina, una de las jóvenes de tercero, que se encontraba embarazada durante nuestro trabajo de campo, nos daba una primera aproximación a una manera de pensar y de sentir que se generalizaría luego:

***Yo, en particular, de política no entiendo nada.** No es que no me interesa, me interesa porque, bueno, es mi país. Y sí, se ven cosas que están mal. Como por ejemplo lo que (los gobernantes) hacen ahora; había bachilleratos que tenían una validez por un determinado tiempo y ahora se corta. (...) Obviamente (sus estudiantes) serán recibidos acá y recibirán el título de IMPA, **pero si vos estás militando en un bachillerato**, cursaste tres años ahí, ¿por qué tenés que tener el título con el nombre de otro? (...) Y bueno, **seguiremos luchando** para que se puedan abrir muchísimos más bachilleratos populares y que podamos ser independientes en algún momento. Y que existan más adolescentes con esas ganas de gritar lo que piensan y no se lo guarden (Agustina).*

En el sentir de los estudiantes del IMPA, pudimos identificar -en sus propias declaraciones- una sensación de incompetencia frente a los grandes temas de la política. Cuando asumían “no entender nada de política” existía una referencia implícita a aquella política que se manifiesta en mayúsculas, que remite de los grandes

procesos sociales e históricos. Sin embargo, en distintos pasajes, los estudiantes hacían referencia a problemáticas vinculadas a la coyuntura política, pero que no eran reconocidas como tales, sino simplemente como conflictos personales, barriales, o restringidos al universo del IMPA. El pasaje extraído de la entrevista a Agustina lo evidencia: existía una problemática específica –circunscripta a la problemática de los bachilleratos populares- que moviliza hacia “la militancia” y “la lucha”. Sin embargo, pareciera que con eso no alcanzara para reconocerlo como válido en términos políticos. ¿A qué se debía este no reconocimiento de las propias capacidades de análisis? ¿Es sólo ese sentimiento de incapacidad comprensiva lo que hacía que algunos entrevistados manifestaran no sentirse atraídos por la política?<sup>4</sup> ¿O ese sentimiento se anclaba más en un rechazo hacia cierta concepción de la política pensada en términos convencionales?

A lo largo de las entrevistas encontramos un patrón común: la pretensión, por parte de los estudiantes, de alejarse de los partidos políticos tradicionales. En el caso de Lorena, la entrevistada reconocía que su interés por la política se inclinaba por la cuestión educativa. Declaraba que pretendía recorrer “otra ruta”, distinta a la que ofrecían los partidos políticos.

*Mi ex es de La Cámpora y el flaco al principio no entendía nada, pero después empezó a militar y como que le re copó la idea. Un día lo acompañé a ver qué onda. Fuimos a un comedor, donde llevaron comida, llevaron computadoras, todo. Y me pasó algo horrible, te juro. Te juro por dios que fue horrible. No puede ser que la gente sea tan hija de puta. Agarran, saludan a todos así, con un abrazo, qué se yo, le dan la comida, le dan los fideos. Les ponen la remera de La Cámpora, les sacan una foto con la computadora, con todo. Les sacan la remera, les sacan la computadora y chau. Les dejaron la comida nada más. Después la computadora y todo, chau. O sea, que **era para la foto nada más**. Yo me quedé así como diciendo: “¿Qué onda, flaco?”. Y él hablaba... (Lorena)*

---

<sup>4</sup> Siguiendo a Bourdieu (2012), podemos afirmar que no alcanza con contar con cierto capital cultural institucionalizado, encarnado en títulos escolares o académicos, para que un sujeto se sienta autorizado a hablar de política. Según el autor, nos encontramos en el terreno de la subjetividad, es necesario un *sentimiento* de creerse capacitado para opinar con certeza sobre estas cuestiones. Es por ello que luego afirma: “la competencia política, en el sentido de capacidad socialmente reconocida, es de esas aptitudes que solo se poseen en la medida en que se está en derecho o en deber de poseerlas” (2012: 485).

Lo que la fastidiaba a nuestra informante era la puesta en escena, el montaje que para ella representaba la política y los partidos políticos en general -la política "para la foto"- . Tampoco la seducía el seguidismo a un líder o a un referente (al momento de recrear una discusión con un compañero de la agrupación "La Cámpora", mencionaba que parecían haberlo "metido dentro de un lavarropas").

En contraposición a este rechazo por las formas tradicionales y "verticales" de la política, aparecían en los testimonios una jerarquización de reivindicaciones puntuales, como lo eran las cuestiones vinculadas al campo educativo. Esto lo hallamos en distintos testimonios; Lorena y Julieta, otra de las estudiantes de tercero, nos brindaban dos ejemplos:

*¿Qué me moviliza? (...) Tuve experiencias de marchas, de instancias de lucha, de estar desde las once del mediodía cagándome de calor en el centro. Poder pasar esa experiencia está buenísimo porque estás luchando por las cosas que vos querés y pensás, **por las cosas que tenés en común con un montón de personas.** (...) Está bueno porque es una forma, pacífica y tranquila, de poder pedir masivamente algo que uno necesita (Lorena).*

*Siempre me involucré más en lo que es marcha educativa. **De defender más los derechos que uno tiene como escuela. Como profesor, como estudiante, por el edificio, por cosas básicas que el Estado te tiene que garantizar a vos para ser un colegio** (Julieta).*

Pudimos hallar en los testimonios recopilados cierta resignificación de la política; a su vez, encontramos redefiniciones de términos como "militancia" o la concepción sobre el sujeto político. El concepto de "militancia" no sólo se liga a las estructuras tradicionales -el sindicato, el partido-, también es posible militar en un bachillerato popular, como señalaba Agustina. Es así como profesores o estudiantes pueden ser reconocidos, en la perspectiva de los propios actores, como sujetos políticos legítimos en sus demandas hacia el Estado.

Estas redefiniciones en torno a las concepciones acerca de la política podrían encontrar una explicación en aquellas marcas que dejó la crisis de 2001 en Argentina. La agudeza de la crisis económica se manifestó en un rechazo generalizado no sólo hacia el entonces partido gobernante, sino hacia todo el arco político<sup>5</sup>. En ese contexto

---

<sup>5</sup> La crisis de 2001 o "Argentinazo" fue la expresión del repudio general hacia la totalidad de los partidos políticos. Las protestas de diciembre tuvieron como consigna principal el célebre "que



particular, Rafael Blanco ([2006] 2012) identifica dos elementos a la hora de analizar el accionar político de los jóvenes en Argentina a principios del siglo XXI<sup>6</sup>:

En primer lugar, el alejamiento de las formas tradicionales (del siglo XX) de participación y movilización, y el despliegue de nuevas formas de agrupamiento de pretendida horizontalidad. En segundo, que las prácticas y discursos de los jóvenes se enmarcarían en una nueva cultura, en parámetros distintos respecto de los de generaciones anteriores (p. 66).

Esos nuevos parámetros que menciona el autor suponen construcción de nuevas formas de organización. Rosana Reguillo (2013) incluye a estas nuevas formas dentro de lo que se conoce como “nuevos movimientos sociales”. Éstos -siguiendo la descripción de la autora- se caracterizan por no organizarse únicamente en torno a la categoría de clase y por direccionar sus reclamos hacia cuestiones puntuales, renunciando a la toma del poder. La pregunta que subyace esta descripción es si estas nuevas configuraciones, nuevas maneras de percibir y poner en práctica la

---

se vayan todos”, que no sólo desembocaron en la renuncia del entonces presidente radical Fernando De la Rúa (aunque por ese entonces representaba lo que dio en llamar “La Alianza”, agrupación política que incluía a la UCR y al Fre.Pa.So.), sino en un cuestionamiento general al conjunto de funcionarios y políticos.

<sup>6</sup> Podría argumentarse que a partir de 2003, con el retorno del peronismo a través de la coalición partidaria Frente Para la Victoria y las figuras de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, se produjo una recomposición de las estructuras partidarias clásicas. En esas estructuras -no sólo kirchneristas- los jóvenes han sido actores centrales. Svampa (2011) señala que “A principios de 2003, el declive de las nuevas movilizaciones, así como la fragmentación de las organizaciones de desocupados, fueron diluyendo la expectativa de una recomposición política «desde abajo», para dar paso a una fuerte demanda de orden y normalidad.” (p.23). En otra clave, José Natanson menciona puntualmente que “la juventud kirchnerista no es un invento del Gobierno sino el resultado de un proceso de mediano plazo que comenzó en los '90, con la formación de núcleos de resistencia al menemismo (...) que explotó en diciembre del 2001, cuando el clima anti-político del ‘Que se vayan todos’ coincidió paradójicamente con un fuerte impulso de repolitización juvenil”. Si bien se podría pensar que los autores difieren en cuanto a la valoración de lo sucedido, ambos análisis coinciden al señalar que luego de 2003 se produce este proceso de recomposición que señalábamos. De todas maneras, no creemos que esto haya inhabilitado otras formas de organización política.

política, son capaces de interpelar y aglutinar como otrora lo hicieran los partidos políticos de corte tradicional. Reguillo (2013) señala que existe una superposición de prácticas:

La tensión en la escena pública que, por ejemplo, se expresa en la evidencia de cierta "involución política" (el regreso de los autoritarismos) y la emergencia de prácticas más abiertas y tolerantes -todavía deudoras de antiguas herencias-, obliga a manejarse con cierta cautela: antes que pensar en "formas de organización novedosas", habría que hacerlo en términos de "multiplicidad de expresiones juveniles organizativas" (p. 56).

Nuevamente Blanco (2014), en un trabajo en donde indaga en las prácticas de jóvenes estudiantes y militantes de la Universidad de Buenos Aires, reconoce nuevas formas de interpelación y de intervención en el terreno político. Así como lo describe el autor, existe una tendencia -que encuentra en determinadas facultades y agrupaciones, pero que se puede rastrear con potencia desde el 2001 en Argentina- por incorporar lo cotidiano al terreno político. En ese sentido, es posible encontrar algún punto de contacto con lo observado en el IMPA. En este caso, las cuestiones estrictamente educativas -todas las demandas se relacionan con eso-, son elementos centrales en la agenda política de la organización.

La irrupción de estas nuevas posibilidades que ofrece la política no debe hacernos pensar necesariamente en la abolición de las antiguas. Pero sí sería posible afirmar que nuestros entrevistados parecían buscar su lugar frente a dos posibilidades que conviven en tensión. Por un lado, rechazaban aquellas formas tradicionales de la política, ligada a una lógica "vertical", esa en la cual -retomando a Lorena- "te meten en un lavarropas". A su vez, reconocían una nueva lógica "horizontal", de intervención en las cuestiones de la vida cotidiana, en donde se ponía en juego "esas cosas que se tiene en común con otras personas", no necesariamente sujetas a la identificación con un líder.

De todas formas, pese al descreimiento por el accionar político tradicional, la política -oficial y legítima- sigue siendo identificada por los jóvenes del IMPA en ese campo. Sus prácticas políticas -aquellas que identificamos en el terreno de la cotidianeidad y los movimientos horizontales- no eran categorizadas ni jerarquizadas, por nuestros propios informantes, como prácticas políticas legítimas. Ni siquiera como nuevas posibilidades o manifestaciones de la política. La distinción política/no política estaba marcada -siguiendo la perspectiva de los estudiantes- por parámetros

tradicionales. De igual manera, el rechazo hacia la misma los hacía tomar “otras rutas”.

## ¿Cómo se organiza lo político? La exclusión como emblema

En este segundo apartado nos interesa visualizar de qué manera se gestaban, dentro de esas nuevas formas que identificamos sobre la política, modelos de oposición en el exterior del IMPA y de identificación dentro del propio grupo. En este análisis, se manifestaban dos mecanismos propios de la constitución identitaria (Auyero, 1992): por un lado, un primer elemento basado en la interacción entre iguales, aquellos que se percibían como parte de una misma realidad subjetiva. Por el otro, el principio de oposición a un “otro” que mencionábamos en la introducción. Indagar en ambos elementos, que plantean dos maneras de encontrar la posición propia, nos permitió encontrar pistas para comprender cómo se conformaba una de las tantas posibilidades que ofrecía lo político.

Fue difícil encontrar en la lectura de las entrevistas o en las conversaciones informales referencias explícitas por parte de los estudiantes que hagan alusión a la amistad. Sin embargo, encontramos en diversos testimonios, la analogía que emparejaba al IMPA con “una familia”, como un lugar de reconocimiento y contención. Existía algo, en esa mezcla de realidades disímiles, que generaba un sentido de unión propio dentro de la organización, o -de manera más acotada- del curso de tercer año. Sentirse excluido, postergado por el sistema educativo oficial, generaba, al ver que la realidad propia no era única ni excepcional, un sentimiento de pertenencia dentro de la organización.

*Vos pensá que **somos chicos que vienen de distintos barrios, de distintos lugares, de distintas vidas.** Cada uno tiene sus perspectivas, cuando uno te cuenta una anécdota o lo que sea y ahí empezás, qué se yo: “porque el otro día vi tres nenes agarrando comida de la basura...” (Lorena).*

***Nosotros somos cuestionados,** entonces el colegio más todavía. (...) También es cuestionado porque al Estado no le interesa en lo más mínimo que existan colegios así. En lo más mínimo la educación le interesa en realidad. En los otros colegios te preparan para que vos salgas a trabajar, si es que llegás a tener una buena salida laboral. **No te forman como persona.***

**(...) *Acá aprendés a hacerte valer. A luchar por lo que querés, por lo que pensás y a que nadie te pise la cabeza*** (Agustina).

Se podría tejer un hilo conductor entre el testimonio de Lorena y el de Agustina: existen factores que han hecho de cada estudiante una subjetividad particular - distintos barrios, distintas escuelas, distintas vidas-, cada uno con su problemática concreta. Sin embargo, existía algo que los unía: un sentimiento de exclusión, de reconocerse “cuestionado” por el otro. Esa marca, de alguna manera, generaba identificaciones. Los estudiantes se reconocían bajo una misma visión de la realidad social: “el otro día vi tres nenes agarrando comida de la basura”. Eso, inferimos, le pudo haber ocurrido a cualquiera de los estudiantes entrevistados. Existía una negatividad producto de la relación con el otro, pero también era posible encontrar elementos de comunión que producía identificaciones entre sus miembros.

Aquel discurso estigmatizante y excluyente, propio de una mirada adultocéntrica (Chaves, 2005) que señala a los jóvenes de sectores populares como “vagos” o “chorros” y que refuerza los esquemas de dominación a través de la construcción de estereotipos, era reapropiado por los estudiantes del IMPA como un elemento unificador. Portar la marca del excluido no funcionaba como un elemento de humillación o vergüenza; al contrario, era reivindicado por los propios jóvenes como un signo constitutivo de su identidad. Aquello que para el discurso hegemónico funcionaba como un estigma -no reconocido, naturalizado, propio de todo joven de sectores populares y trabajadores-, era resignificado por los estudiantes del IMPA como un *emblema* (Reguillo, 2013). Funcionaba como signo de diferenciación y jactancia.

En el mismo sentido, es posible plantear que el sentimiento de hermandad, de equivalencia, está dado por la presencia de un otro, que excluye y sanciona. Sandra Carli (2012) retoma la clásica tesis de Karl Schmidt, quien sostiene que la política, pensada desde su dimensión conflictual, siempre marca divisiones entre amigos y enemigos. Allí -siguiendo a la autora- es donde adquieren fuerza los distintos círculos de sociabilidad, con sus estilos y rituales particulares: “La diferencia amigo-enemigo se construye en la identificación de la posición del enemigo en la batalla escenificada de las ideas” (p.189). En el caso que nos atañe, ese enemigo, ese “otro”, adquiría distintas formas a lo largo de los relatos, pero se repetía en una figura que, como veremos, tendía a condensar las distintas experiencias: *la figura del Estado*.

El que primero analizaba esta relación conflictiva con el Estado es Alan. En su relato reconstruía su formación política con algo de orgullo. Recordaba que desde sus primeros momentos en la escuela participó de situaciones extremas como fueron

algunos intentos de desalojo por parte del Gobierno de la Ciudad. Recordaba que sólo “muertos los iban a sacar de la fábrica”. Si bien establecía una diferenciación entre la figura del trabajador de la fábrica y los estudiantes del bachillerato, planteaba que, en esa lucha, todos estaban en “la misma”. En su entrevista, la cuestión del reconocimiento era una constante.

***Nosotros estamos reconocidos. IMPA está reconocido. En Provincia están la mayoría de los bachilleratos, pero hay muchos que no están reconocidos. Nosotros fuimos para darle un apoyo a Provincia. Allá la necesidad es mucho mayor. Aparte de que el Estado no se hace cargo del colegio, no se hace cargo de los alumnos, no les paga becas, no les dan las viandas. Casi ningún alumno puede sacar el boleto estudiantil porque no tiene certificado de colegio. Como no está certificado el colegio no puede dar certificado. Entonces ningún alumno puede tener beca (Alan).***

Shirly Said y Miriam Kriger (2014) explican que la constancia en la protesta que han sostenido los bachilleratos populares a lo largo de la última década, en reclamo por la oficialidad de los títulos y la obtención de becas y salarios para los docentes, se configuran como mecanismos de presión que no pasan desapercibidos en la experiencia de los estudiantes. Las autoras resaltan que estas organizaciones poseen “una potencialidad para generar escenarios polémicos, litigiosos, que constituyen acontecimientos de comunicación y de acción influyentes en la subjetividad de quienes están inmersos en ellos” (p.417). Esa potencialidad para construir espacios “polémicos” y “litigiosos” visibiliza a un “nosotros”, le da entidad y funciona como un espacio de identificación. Dentro del colectivo del IMPA, los estudiantes se reconocían como interlocutores legítimos, a quienes el Estado debía dar respuestas.

### **Entre el acompañamiento adulto y los jóvenes “desinteresados”**

Lo que ocurría frente a lo que representaba el Estado en el imaginario de los estudiantes, como algo que los une en un bloque homogéneo en esa oposición, no se repetía frente a la figura del adulto. Esta figura, en la visión de los estudiantes, se encarnaba principalmente en los profesores. De todas formas, la oposición “natural”, dada por los rasgos etarios, entre jóvenes y adultos debe ser repensada de acuerdo a lo que hallamos a lo largo de las entrevistas, en donde el adulto no necesariamente funcionaba como amenaza. El mismo era categorizado, se lo clasificaba de acuerdo a su ubicación en el sistema educativo, su pertenencia al IMPA o su lugar en la

educación tradicional. Pertenecer o no a la organización funcionaba como un factor más determinante en la construcción de un “nosotros” que el rasgo etario, estrictamente.

Las asambleas -de acuerdo a nuestras observaciones y a lo manifestado por los propios actores- funcionaban como espacios comunes entre jóvenes y adultos. Quienes ejercían la palabra, en una primera instancia, eran los profesores y los coordinadores del bachillerato. Ellos eran quienes delimitaban la agenda temática. Luego, una vez terminada la exposición del tema o conflicto a debatir, se abría una ronda para intervenciones y preguntas. Sólo en el relato de Lucas podíamos identificar un planteo por conformar un espacio propio para los estudiantes.

***Tendría que haber centro de estudiantes. (...) la verdad que creo que estaría bien. Seguramente sería productivo. Pero es un tema, involucrarse en la política requiere mucho tiempo y no sé cuánta gente de acá pondría su tiempo a disposición de este colegio si nos cuesta tanto cuidar el piso, el baño, la estructura básica, digamos. Es necesario gente que se involucre, en serio. Si vos lo comparás con una facultad, en la facultad están todos puestos, todos con las pilas a full. Acá la realidad es que hay mucha gente que no está tan comprometida*** (Lucas).

En este fragmento aparecen dos aspectos a destacar: por un lado, la evocación del centro de estudiantes como espacio propio de los jóvenes. Lucas planteaba la necesidad de delimitarse, en algún sentido, de los adultos de la organización. ¿Qué valor se le daba a este espacio en una organización en donde el adulto no es identificado precisamente como antagonista? Sin embargo -y aquí vamos con el segundo aspecto que nos interesa resaltar- pareciera difícil pensar en un espacio autónomo, exclusivo de los estudiantes, cuando “hay mucha gente que no está tan comprometida”.

En este sentido, podemos encontrar un patrón común que atraviesa distintas entrevistas: la identificación de los chicos de cursos inferiores como “barderos” o como aquellos que “están en cualquiera”. En estos testimonios era recurrente cierta delimitación: nosotros -estudiantes de tercero- somos “más conscientes”; ellos -recién ingresados a la organización- aún deben aprender ciertas reglas. Lorena expresaba así su preocupación en torno a esta cuestión:

*Capaz que haría algo para los más chicos, que son generalmente los que hacen bardo. **Que se los pueda concientizar**, que no pueden subir al cuarto*

*piso, que no se pueden fumar un porro en estos espacios, cosas así (...) Hay algunos que nos quedamos después de clase para poder mantener las aulas limpias porque es el espacio común que tenemos todos. (...) Hay chicos que hacen cosas que no están buenas porque vos decís: es el espacio de los trabajadores. Los trabajadores a nosotros nos dan un lugar, que ese lugar hay que respetarlo y ese lugar es donde vos podés moverte. (...) Es difícil porque IMPA es un espacio que vos **aprendés a quererlo tal cual es**. Porque lo generás desde vos y colectivamente, ¿entendés? Es un espacio de todos. Entonces es poco probable que haya algo que no te guste. Capaz que alguna actitud de alguien o como los pibes más chicos que todavía **no entran muy bien en el espacio**. (Lorena)*

Dentro del propio grupo de jóvenes del IMPA, los estudiantes de tercer año asumían su posición dentro de la organización. Reconocían su posición de “referentes” para los más chicos y, a su vez, se diferenciaban de sus prácticas “barderías”. Esa diferenciación generaba un juego de exclusión e inclusión en relación al espacio IMPA. Esas prácticas de “los más chicos”, desde la perspectiva de los de tercero, los dejaban afuera de la organización y su proyecto. Pensando de manera más general - incluyendo lo que ocurre por fuera del bachillerato- Lucas añadía una idealización de los jóvenes universitarios, aquellos “que tienen las pilas puestas”.

A su vez, y en la misma línea, pudimos encontrar otro matiz en los testimonios. Javier incorporaba una diferenciación con respecto a otros jóvenes, aquellos que no pertenecían al IMPA y donde él no se reconocía.

*Más que nada yo le busco la lengua a **los de afuera**. Porque la gente mucho no habla de política. El que escabía está en otra. Solamente están pensando en buscar una moneda para encontrar algo de tomar (...) Un par me han sorprendido. Me dicen: “¿vos que sos? ¿Marxista ahora?” (Javier).*

Aquí podemos identificar otra posibilidad, que se vincula con lo expuesto con anterioridad en lo referido a los estudiantes de los cursos inferiores, pero que remite a “los de afuera”, aquellos que “están en otra”.

Pedro Nuñez (2013) menciona que aquel discurso que encasilla a los jóvenes como sujetos sin interés ni entusiasmo por la cosa común es uno de los más extendidos en la Argentina. El autor señala que, en muchos casos, son los propios jóvenes quienes hacen suyo este discurso y que, de esa forma, hay una tendencia a diluir el conflicto generacional. Nuñez (2013) describe un cuadro de situación:

“Pareceríamos encontrarnos ante una generación que tiene una mala imagen de sí misma, y que -como tendencia general- juzga de manera más severa los comportamientos de otros jóvenes que los propios” (p.59). En ese sentido, se podría plantear una especie de paralelismo con el caso del IMPA, en donde los jóvenes, en su voluntad por diferenciarse, se acoplaban al discurso hegemónico del que habla Nuñez. Tanto “los de adentro” como “los de afuera” eran “desinteresados”, cualidad que pareciera ser algo común en ciertos jóvenes, pero en donde los estudiantes de tercero no se reconocían.

## **Recapitulación y palabras finales**

A lo largo de este trabajo de investigación nos propusimos analizar posibilidades de la identidad juvenil que se construye en el IMPA desde las prácticas y concepciones políticas de los estudiantes. Para confeccionar dicho análisis, tomamos dos categorías como “lo político” y “la política”. Ambas nos sirvieron para organizar las representaciones que tienen los propios jóvenes acerca de su relación con el campo político.

Notamos, en cuanto a las prácticas políticas -aquello que definimos como la política- que existía una preferencia por formas horizontales. Sin embargo, advertimos la presencia de una suerte de superposición entre éstas y aquellas formas clásicas o verticales. Esta convivencia entre ambas maneras de organizar la práctica política se manifestaba en una tensión: entre lo que los propios estudiantes hacían y lo que ellos mismos consideraban como legítimo. Es decir, advertimos que sus prácticas se sostenían bajo la lógica de la asamblea o que se aceptaba la idea del bachillerato como espacio militante. Pero esto se reducía a cuestiones cotidianas que los estudiantes no terminaban de reconocer, estrictamente, como problemáticas políticas. Éstas se relacionaban -en sus representaciones- únicamente con la lógica vertical de los partidos políticos.

En cuanto a las identificaciones que construyen oposiciones -aquello que definimos por “lo político”- hallamos un par de elementos a recuperar en este apartado. Por un lado, los estudiantes se reconocían como “excluidos” de la educación tradicional. Esto que podría ser pensado como un elemento que fragmenta, era apropiado como un emblema aglutinador. En esa unificación se gestaban una serie de oposiciones. El antagonista principal parecía -siguiendo los testimonios- ser el Estado, que era concebido como aquel que producía la exclusión. De todas formas, en la



construcción de la identidad propia, también existían delimitaciones con otros actores, como por ejemplo, los estudiantes de los cursos inferiores.

Fue difícil pensar en los jóvenes del IMPA como un todo homogéneo. La disputa generacional, en oposición a los adultos, no resultaba lineal ni siempre necesaria. Lo mismo ocurría en las tensiones en torno a la figura del Estado –como aquel que excluye, pero a su vez reconoce-. Las identidades políticas podían configurarse de acuerdo a la contingencia, de acuerdo a la posición planteada en el campo de batalla y a sus formas de organización. ¿De qué hablamos cuando hablamos de “los jóvenes”? ¿Nos referimos a aquellos estigmatizados por un discurso dominante, que en numerosas ocasiones es reapropiado por sus propios destinatarios? ¿O aquellos, también pensados desde el sentido común, que los ubica como metáfora de futuro y cambio social? ¿Y en el IMPA? ¿Los referentes de tercero? ¿Los desinteresados de primero? ¿Los que están en otra? El caso del IMPA y sus jóvenes de tercer año nos abren preguntas en torno a una generación nacida al calor de la crisis del 2001 y sus derroteros. Con ese marco de fondo y frente a un contexto en donde conviven diversas formas más o menos institucionalizadas, la pregunta por la construcción identitaria de los jóvenes y su relación con la política merece ser repensada.

## **Bibliografía**

**Auyero, J.** (1992). Juventud popular urbana y Nuevo clima cultural. Una aproximación. *Nueva Sociedad*, 117, 131-145.

**Blanco, R.** (2012) Los jóvenes y la memoria colectiva: representaciones de la política y de la militancia en el discurso de las generaciones postdictadura (Tesina de licenciatura). Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales. Carrera de Ciencias de la Comunicación.

**Blanco, R.** (2014) La politización de lo cotidiano en la militancia estudiantil. Agendas y retóricas en torno al género y la sexualidad. En S. Carli (Comp.), *Universidad pública y experiencia estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*. (pp. 167-198). Buenos Aires: Miño y Dávila.

**Bourdieu, P.** (2012). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, S.L.

- Carli, S.** (2012). Sociabilidad estudiantil, figuras de la amistad e identificaciones políticas. En *El Estudiante Universitario. Hacia una historia del presente de la educación pública*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Chaves, M.** (2005). Juventud negada y negativizada: Representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Última década*, 23, 9-32.
- Dubet, F.** (2004). ¿Mutaciones institucionales y/o neoliberalismo? En E. Tenti Fanfani (Org.), *Gobernabilidad de los sistemas educativos en América Latina* (pp. 15-44). Buenos Aires: IPE/Unesco.
- Gluz, N. y Saforcada, F.** (2007) Autonomía Escolar: perspectivas y prácticas en la construcción de proyectos políticos. *Educação: Teoria e Prática*, 29, 11-32.
- Hall, S.** (2011). Introducción: ¿Quién necesita «identidad»? En S. Hall y P. Du Gay (Comps.), *Cuestiones de identidad cultural* (pp. 13-39). Buenos Aires: Amorrortu.
- Mouffé, Ch.** (2011). "Introducción", "La política y lo político". En *En torno a lo político*. (pp. 9-40). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Natanson, J.** (30 de septiembre de 2012). El lugar de La Cámpora. *Página 12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-204579-2012-09-30.html>
- Nuñez, P.** (2013) Repertorios de acción política juvenil en la escuela secundaria. En *La política en la escuela: jóvenes, justicia y derechos en el espacio escolar* (pp.111-156) Buenos Aires: Ediciones La Crujía.
- Reguillo, R.** (2013). *Estrategias del desencanto. Emergencia de culturas juveniles*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Said, S. L. y Kriger, M.** (2014) Subjetivación política y educación popular: La noción del diálogo en Rancière y Freire como aporte a la reflexión teórico-metodológica sobre bachilleratos populares. *Questión*, 42, 405-420.
- Svampa, M.** (2009). Introducción. En M. Svampa (Ed.) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. (pp. 9-24). Buenos Aires: Biblos.
- Svampa, M.** (2011). Argentina, una década después. Del "que se vayan todos" a la exacerbación de lo nacional-popular. *Nueva Sociedad*, 235, 17-34.

